

MARGINALIDAD Y DESARRAIGO DE LA COMUNIDAD CHINA DE LA HABANA
EN *LA COLA DE LA SERPIENTE*, DE LEONARDO PADURA

LILY PAOLA MENA YI

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS

2018

MARGINALIDAD Y DESARRAIGO DE LA COMUNIDAD CHINA DE LA HABANA
EN *LA COLA DE LA SERPIENTE*, DE LEONARDO PADURA

Trabajo de grado presentado para optar por el título de:
PROFESIONAL EN LINGÜÍSTICA Y LITERATURA

Tutor

LÁZARO VALDELAMAR

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
CARTAGENA DE INDIAS

2018

AGRADECIMIENTOS

Antes de agradecer a quienes estuvieron conmigo –o detrás de mí- en este proceso, quiero agradecer en primer lugar a Dios por su presencia a lo largo de este proceso en el que amplié mi conocimiento académico y personal, porque a través del placer de la lectura y la frustración, Él estuvo ahí ayudándome a descubrir nuevas cosas, a construir conocimiento y a encontrarme a mí misma también.

Gracias a mi familia: a mi padre por no hacer muchas preguntas y en silencio confiar en mí, a mi mamá por preguntar demasiado y alentarme a seguir, y a mi hermana por las charlas nocturnas cuando ella y yo, a la luz de nuestro cansancio y nuestra frustración, nos dimos “un aliento más”.

A mis amigos, que son muchos para nombrarlos de uno en uno, pero que, a pesar de la distancia o la falta de contacto, siempre estuvieron ahí para mí, apurándome con sarcasmos, con amor y hasta con su ejemplo.

Al profesor Lázaro por su ayuda a pesar de la carga académica que tenía, fuere con la universidad, o con otros proyectos que estuviera apoyando. Porque a pesar de mis errores recurrentes y mi constancia solicitando su ayuda, fue siempre paciente.

Y por último gracias a quienes me leyeron y mostraron interés por mi proyecto. E igualmente gracias a aquellos que con su propio ejercicio investigativo y productivo contribuyeron a esta investigación.

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA

CARTAGENA

MARGINALIDAD Y DESARRAIGO DE LA COMUNIDAD CHINA DE LA HABANA

EN *LA COLA DE LA SERPIENTE*, DE LEONARDO PADURA

MENA YI LILY PAOLA

2018

RESUMEN

Este trabajo investigativo tiene por objetivo entender cómo se estructuran las representaciones de la marginalidad de la comunidad china Habanera en el libro *La cola de la serpiente* de Leonardo Padura. Y en segunda instancia, identificar y revisar las representaciones de la comunidad china de La Habana en el discurso hegemónico, el proyecto de nación y la literatura cubana; analizar cómo se manifiesta el desarraigo en la misma y, finalmente, comprender por qué a través de la hermeticidad, la comunidad se convierte en una forma de gueto para defenderse del rechazo o el distanciamiento que socialmente se le ha puesto y proteger su cultura de una que ya la ha rechazado y no la comprende.

Palabras claves: inmigración, diáspora, desidentificadores, gueto, marginalidad.

Índice

Introducción teórica y contextual	6
1. Los chinos en la historia de Cuba: inmigración.....	13
1.1 El chino en la prensa cubana.....	18
1.2 Comunidad, indetidad y cohesión étnica: instituciones china en La Habana....	22
2. La dignidad colectiva: miserias y humillaciones sufridas por la comunidad	27
2.1 Las deposiciones: consecuencias y/o reacciones al maltrato y los abusos consignadas en las deposiciones.....	28
2.2 Pasado glorioso e ideal inalcanzable: diáspora y desarraigo.....	32
2.3 El desengaño del retorno a la patria: heterogeneidad cultural e identidad colectiva	34
3. La protesta de la hermeticidad como respuesta al desarraigo y la soledad	40
4. La cultura de gueto como resistencia al olvido y a la incomprensión.....	46
5. Conclusiones.....	52
Bibliografía.....	55

INTRODUCCIÓN

“El corazón se me oprime, hija mía, al pensar que vengo aquí como una extranjera. La nueva generación que voy a encontrar no me reconocerá a mí, y a una gran parte de la generación anterior acaso yo no la reconoceré”.

La Condesa de Merlin, *Viaje a la Habana*
(Madrid: 1844).

En los años setenta y ochenta, la novela policial experimenta en Cuba una asimilación creativa del pensamiento marxista, cuya antropología considera al ser humano más bien como un producto de las circunstancias económicas, políticas y sociales y, por lo tanto, rechaza al típico detective privado, al margen de los órganos policiales, quien resuelve los problemas gracias a su inteligencia. Este es reemplazado por un investigador que “pertenece a un cuerpo policial, lo representa, y su sagacidad y astucia no actúan de manera independiente, apoyadas solo por su experiencia e intuición, sino en coordinación con las organizaciones políticas y de masas, fundamentalmente con los Comités de Defensa de la Revolución” (Rodríguez, 1983. 62).

Leonardo Padura se presentó al público internacional con la tetralogía *Las cuatro estaciones*, una serie detectivesca centrada en el personaje de Mario Conde, escritor frustrado y policía de poca fe. La serie seguía las convenciones de la novela de detectives, pero entretejía a la historia de la investigación una etnografía del desencanto. Publicadas entre 1991 y 1998, las cuatro novelas desarrollaban la acción en el año 1989. Padura aportaba

también una representación de la dura realidad de los 90 y las huellas que la Historia (la guerra de Angola, el exilio, etc.) había dejado en las familias y los individuos, como si dejara ver lo que otros querían ver, pero hablando de otra cosa. Así, no sólo importaba la narrativa detectivesca, sino también la realidad material. Aunque el Padura temprano no parecía tan crítico del régimen como otros participantes del boom de los 90 tales como Pedro Juan Gutiérrez y Antonio José Ponte.

Los primeros momentos de esplendor en la narrativa policiaca hispanoamericana se ven alterados con la llegada de una nueva generación de autores norteamericanos en la década de los treinta, que introducen el realismo social en todas las narraciones policíacas. De la unión entre ambas tradiciones surgirá el género negro, atento al aspecto lúdico y deductivo de las clásicas obras basadas en el enigma, pero también al realismo, la crítica y la intencionalidad crónica de la narrativa estadounidense de principios de siglo XX.

Padura va analizando (a través de los ojos de Mario Conde) el desarrollo de los acontecimientos que sacuden a Cuba en los noventa, conservando acorde a esas dos mencionadas características las de la novela negra (ambiente asfixiante, sobrecogedor, con violencia frecuente, falta de justicia, corrupción del poder e inseguridad, etc.), con un abanico de discursos en los que se puede distinguir la voz de ciertos grupos sociales que de una u otra manera son o han sido marginados en Cuba: intelectuales, escritores, artistas, la comunidad china, la chino-cubana, la africana y la afrocubana, santeros, entre otros. Junto a ellas, aparecen las voces de algunos policías, las de ciertos cargos políticos, principalmente de las altas esferas, y las de ladrones de guante blanco que han sabido aprovechar las fallas del sistema para enriquecerse a su costa. En este tipo de narrativa, importa más la descripción de

la sociedad donde nacen y crecen los criminales y la constante reflexión acerca del deterioro ético.

En este trabajo, buscamos comprender cómo se estructuran las representaciones de la marginalidad de la comunidad china Habanera en el libro *La cola de la serpiente* de Leonardo Padura. Y en segunda instancia, identificar y revisar las representaciones de la comunidad china de La Habana en el discurso hegemónico, el proyecto de nación y la literatura cubana; analizar cómo se manifiesta el desarraigo en la misma y, finalmente, comprender cómo a través de la hermeticidad, la comunidad se convierte en una forma de gueto para defenderse del rechazo o el distanciamiento que socialmente se le ha impuesto y busca proteger su cultura de una que ya la ha rechazado y no la comprende.

La cola de la serpiente comienza –como suceso nuclear– con un crimen y continúa con las indagaciones necesarias y obligatorias para descubrir quién lo cometió. Lo más importante de este asesinato es que la víctima es un chino y que sobre él se encontraron signos pertenecientes a grupos étnicos o culturales diferentes. En esta obra, Leonardo Padura hace un retrato de la ciudad de La Habana, del barrio chino y de su comunidad misma como decadentes, a través de sus percepciones y descripciones, que hacen al lector prestar más atención a los lugares y la gente que Conde va detallando. Desde las constantes reflexiones en torno a los chinos y cómo los definiría, Conde realza el desarraigo de la comunidad que había emigrado con la esperanza de un cambio de vida y de fortuna, y que al no conseguirlo se convirtió –para hacer frente a sus males– en una “cultura de gueto” con ciertos actos de resistencia casi imperceptibles (silencio, hermetismo, distanciamiento lingüístico). Luego está la decadencia de un barrio chino que en sus tiempos había sido vibrante y comercial, y una ciudad oprimida y decadente: un barrio sórdido y envejecido por efecto del tiempo y el

descuido, en una ciudad degradada, con lugares vacíos y abandonados, habitaciones malolientes, una ciudad tórrida y hostil con una comunidad incomprendida cuya cultura y miembros apenas sobreviven.

Mezcladas dentro de la novela, se percibe “la pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles, la auténtica polifonía de voces autónomas” (Bajtín, 1979: 16) que Bajtín descubrió en la obra de Dostoievski. Sin embargo, hay que precisar que no todas las voces tienen el mismo peso. Algunas, principalmente las que presumen de ser defensoras de la verdad y la justicia, resultan finalmente desautorizadas, y el diálogo toma forma en la mente del personaje central, cuando Conde rememora la información que ha recolectado en lo que va de la investigación y busca darles sentido para encontrar una solución a los hechos: lo que Bajtín denomina como “microdiálogo”.

Acudiremos, además, a los términos de *inmigración* y de *diáspora*, entendido este último no sólo como cierto tipo de relación entre un pueblo y un origen geográfico, sino como el término casi universal para denominar al movimiento no voluntario de pueblos. Como propone James Clifford, en su artículo “Diásporas”, la ideología de la asimilación se relaciona con la construcción de las personas que llegan como inmigrantes (Clifford, 1994). Esta construcción se sostiene con el rol otorgado a estas personas, lo que a su vez se expresa con un conjunto de expectativas respecto a cómo deben comportarse y también con ciertas suposiciones que estas personas tienen con relación a su propia situación. Las características fundamentales de la diáspora son, según Safran, “una historia de dispersión, mitos, recuerdos del lugar de origen, alienación con respecto al grupo dentro el cual se hallan, el deseo de un eventual retorno, el soporte activo de la tierra de origen, una identidad colectiva definida en forma central mediante la relación entre el grupo y su tierra de origen” (1991, 83-84).

La inmigración sugiere una subordinación individualizada a la nación estado, la aceptación individual de un estatus subalterno a cambio de la aceptación social, mientras que la diáspora sugiere la afirmación de los derechos de un grupo dentro de la nación estado hacia la cual el grupo se ha dirigido. Así, la diáspora privilegia el *lugar de origen* sobre el lugar al que la persona se dirige, mientras que la inmigración enfatiza la importancia del *compromiso con respecto al lugar de llegada*. La sensación del migrante de carecer de raíces, de vivir entre mundos, entre un pasado perdido y un presente no integrado, representa quizá la metáfora más adecuada para comprender la posición de la comunidad china de La Habana en la obra objeto de este estudio. Aunque posiblemente así se sientan los migrantes finalmente, no es la forma en que soñaban sentirse en el país de arriba, ni la forma en la que los miembros de la sociedad que los recibe esperaban que se sintieran.

Posterior a esa sensación del migrante que mencionamos, el individuo –para no perder o debilitar su identidad anterior– adopta lo que Goffman (1951) denomina como “distancia de rol”, que se traduce a la actitud de diferenciarse de los otros por medio de diferentes marcas, lingüísticas por ejemplo, y para señalar esa distancia el individuo usa *desidentificadores*. Estas son conductas que señalan la falta de correspondencia entre lo que el individuo es realmente (o lo que considera su ser “real”) y la “puesta en escena” que da con su conducta, para mostrar que no es lo que parece ser. Así, el acento extranjero se vuelve un desidentificador, con el que se muestra que hay una adaptación y acogida de un elemento de la cultura a la que se vincularon, pero mostrando que no se ha renunciado a su identidad primera, ya que finalmente es necesario tener el idioma para poder funcionar en la nueva sociedad de la que forma parte. En este punto, y vinculado a la obra, aquellas características diferenciadoras parecen expresar una actitud no sólo de diferenciación, sino de resistencia a

esa concepción de “otro” que la comunidad china adquiere, y el contraataque de la misma al hacerse una comunidad cerrada y hermética que no colabora ni abre las puertas de su cultura a cualquiera que no pertenezca a ella, y en este sentido, el barrio chino aparece como una especie de gueto.

Nuestra obra, particularmente, posee un espacio en la crítica nulo, dado que la tetralogía de Padura es la que más ha acogido espacio en la crítica, e incluso sus otras obras poseen una significativa atención. De la misma manera, la comunidad china ha sido igual de obviada en la obra. Por ello, esta propuesta investigativa contribuye a poner en el plano crítico una obra de un escritor tan respetado y estudiado como lo es Leonardo Padura, con una obra rica a la que casi no se le ha dado importancia, y, por otro lado, a un tema ampliamente discutido (la marginalidad) pero enfocado a una comunidad tan ignorada como la obra misma que queremos estudiar.

Para desarrollar la propuesta investigativa de *La cola de la serpiente* del escritor cubano Leonardo Padura, dividiremos esta tesis en tres partes o capítulos: el primero de ellos, titulado “Los chinos en la historia de Cuba”, pretende dar cuenta del contexto histórico y social en que se sitúan los chinos en Cuba; cuáles son sus contribuciones a la nación, economía o sociedad en Cuba; cómo entran a formar parte en ella (si lo hacen) y bajo qué condiciones (en el sentido de su aceptación e inclusión); y cómo es representado el chino en el imaginario y la idea de nación cubana. Para ello acudiremos no sólo a textos investigativos e históricos que hablen sobre el tema, sino también a documentos hegemónicos como manifiestos o discursos de Cuba que arrojen luces sobre el tema, o sobre la percepción oficial de los chinos en el discurso.

El capítulo número dos se titula “La dignidad colectiva: miserias y humillaciones sufridas por la comunidad china”. Aquí empezamos nuestro viaje analítico por la novela, tratando de dilucidar la propuesta discursiva o narrativa de la obra pertinente para esta investigación, y con ello, la propuesta teórica que la sustenta. Para esto contaremos con el apoyo de otros documentos que reseñaron por escrito la llegada de los chinos a Cuba, y más específicamente de las condiciones en las que llegaron, las diferentes situaciones que tuvieron que vivir, y el efecto que estas causaron. En este momento pretendemos proponer y descubrir de qué forma la historia de la contribución china en Cuba y las cargas sociales que esta le dejó a la comunidad, afectan la actitud que toma la comunidad china habanera en la novela.

Por último, en el tercer capítulo titulado “La hermeticidad como respuesta al desarraigo y la soledad”, buscamos hacer una propuesta final, en la que esperamos converjan tanto el pasado histórico y social (consignados en el primer y segundo capítulo), como la consecuencia de este, y que finalmente transforman a esta comunidad, su espacio social y físico (entendido como el barrio en sí y sus condiciones), y la nueva cultura que forman.

1. LOS CHINOS EN LA HISTORIA DE CUBA: INMIGRACIÓN

El proceso migratorio de los chinos en Cuba se dio tanto a nivel clandestino como legal y vino a cumplir no sólo una función económica, sino también de cohesión étnica. A partir de fines de la década de los 70 del siglo XIX, llegan a Cuba un gran número de importadores chinos provenientes de California, transformando significativamente la existencia de los que habían arribado al país desde 1847¹, contratados por la oligarquía azucarera cubana. Esta llegada le dio vida a la comunidad fomentando el pequeño comercio, pues coincidió con la disolución de las relaciones esclavistas en la isla, hecho que abrió el paso a un proceso de reestructuración económica, social y política, y fomentó la creación de la institución representativa y “protectora” de los chinos en el territorio: el Casino Chung Wah (Jerez & Santana, 2003).

En 1820 se produce en Cuba la abolición de la esclavitud, lo que causó una crisis de mano de obra en la producción azucarera, que era –por aquellos años– el pilar de la economía en la isla. Esto puso en consideración la contratación de labradores peninsulares o africanos (ahora como trabajadores libres), pero, por sugerencia del gobierno inglés, se recurrió a los trabajadores asiáticos (Baltar, 1997). La crisis económica y política que China atravesaba, sumadas a las fuertes sequías, dejaron a miles de campesinos desempleados dispuestos a vender su mano de obra a bajo costo; “la emigración china no fue concebida como un programa organizado, sino como un negocio que proporcionaba más brazos para el azúcar, sin constituir una alternativa real a la sustitución del trabajo esclavo por otra forma de

¹ Al contar estos con los recursos económicos necesarios contribuyeron a la creación de la infraestructura que ayudó a mejorar la calidad de vida de los que ya estaban en la isla y a preservar expresiones de su cultura originaria y rasgos de etnicidad (Baltar, 40).

producción” (Baltar, 15). El sistema de “trabajo” chino² fue abolido en 1883, y con ello los chinos –que estaban regados por toda la isla– empezaron a moverse hacia las principales urbes, formando pequeños grupos. Particularmente La Habana fue el destino más popular, donde llegaron muchos chinos recién “liberados” a trabajar en diferentes oficios, volviendo esta ciudad su principal punto de concentración, donde se originaría el barrio chino más importante de la isla (33).

El 15 de mayo de 1902 el gobierno interventor de Leonardo Wood logra imponer en Cuba la orden militar número 155. Dicha orden prohibía en sus secciones VII y VIII la entrada de chinos al país, con excepción de los funcionarios y diplomáticos de China u otro gobierno, y comerciantes que viajaban por placer o negocios. Esta orden aceptaba solamente al personal de servicio diplomático y a quienes desde el 14 de abril de 1899 ya se encontraban en la isla. El proceso de ejecución de dichas políticas migratorias estuvo lleno de baches y espacios confusos en la legislación que no fueron ignorados ni por el pueblo y la prensa, ni por quienes se lucraban del comercio de chinos. Es decir, no sólo los que se beneficiaban del comercio de inmigrantes chinos –como la Legación china, comerciantes e importadores chinos, propietarios de plantaciones, etc.– se dieron cuenta de las incongruencias que la legislación tenía y les permitía seguir lucrándose con el negocio, sino que la prensa y el pueblo también tenían conciencia de ello y no precisamente por bueno, sino por la inconformidad y la crítica que esto despertó (Jerez & Santana, 20).

Así, el 11 de agosto de 1904, Tomás Estrada Palma dispuso por decreto presidencial número 237, en el marco de la reglamentación de la Ley de Inmigración, la presentación de

² Consistía en la contratación de chinos como trabajadores en plantas o plantaciones azucareras. Dicho sistema buscaba la sustitución del trabajo esclavo en los cortes de caña en una época en que la trata de africanos se había dificultado por diversos convenios internacionales impulsados por Inglaterra. (Padura, (2014).

un Certificado que fuese expedido por el gobierno del país de la última residencia de la persona, y un visado expedido por el representante diplomático o agente consular en el país en su defecto. Los comerciantes o turistas chinos que habían llegado a Cuba antes del primero de octubre de 1904 quedaban exonerados de la presentación de dichos documentos, pero dicho plazo se prorrogó primero hasta diciembre, luego, hasta marzo de 1905, y por último –por decreto presidencial del 11 de octubre de 1905– hasta nueva resolución, y dicha situación se mantuvo hasta 1915. Por lo inconsistente que fue esta medida, la prensa no cesó la crítica contra la misma. El periódico *El Día* afirmó en su publicación del 11 de octubre de 1911 que las prórrogas mencionadas estuvieron justificadas en un primer momento, pero no lo estaban a esa altura, especialmente porque –según lo plantearon– ya entre diferentes esferas sociales había una convicción de que, bajo las incongruencias de estas, entraban al país como falsos turistas que no aportaban nada a la nación, 300 chinos en seis meses.³

Para encender un poco más las críticas y desacuerdos que lo iniciado en 1904 había generado, el 2 de febrero de 1907 el Secretario interino de Hacienda recibió una carta de Charles E. Magoon⁴ referente a la segunda garantía establecida por ese decreto de 1904. Dicha garantía consistía en el pago de una fianza de mil pesos oro americanos que garantizara la solvencia de los chinos que llegaran a Cuba, pero Magoon alteró dicha parte del decreto informando al Secretario que “hasta nueva orden” se aceptaba una identificación del Ministro de China para cualquier chino llegado a Cuba que no fuera trabajador, y en caso de no poder obtener dicha Legación, se procedería entonces a la aceptación de una fianza no precisamente en efectivo, sino una personal que algún comerciante chino conocido en la ciudad pudiera

³ *El Día*, 31 de octubre de 1911

⁴ Gobernador de Cuba durante la segunda ocupación estadounidense. La administración de Magoon en Cuba se caracterizó por la corrupción administrativa y despilfarro de los fondos públicos. Charles Magoon. (s.f.). recuperado el 20 de abril de 2018, de https://www.ecured.cu/Charles_Magoon

darle (Navia, 1930). Obviamente, las críticas se recrudecieron, recayendo más que todo sobre José Miguel Gómez (presidente de turno en el momento) por su inactividad respecto a la implementación de la política de protección al obrero cubano, política que él mismo había propuesto.

La situación con las prórrogas afirmó el predominio de las autoridades diplomáticas chinas dentro de la comunidad debido a que desde fines del siglo XIX tenían la potestad legal para representar al Gobierno chino en la emisión de Certificados, y así la Legación y el Consulado ejercieron fuerte influencia en el Casino Chung Wah debido a su poder en el control migratorio y el negocio que de ahí se realizaba. El Ministro chino regulaba entonces la entrada de inmigrantes y el Cónsul controlaba la institución que legalizaba su presencia en el país. Así el negocio de los Certificados se convirtió en la vía fundamental de inmigración ilegal china en Cuba.

Por ser básicamente una empresa ilegal, no existe correspondencia entre las múltiples fuentes consultadas en cuanto al monto de la entrada de chinos al país, entre 1903 y 1916. La Secretaria de Hacienda, el Censo de 1907 y 1919 y el *Anuario Estadístico* [...] coinciden en presentar el total de chinos entrados al país de 1902 a 1916, entre 300 y 530. Por su parte Carlos M. Trelles, muy cercano al consulado chino, asegura que entre 1899 y 1913 entraron a Cuba 2.450 (Labra, 1910)

Entre 1902 y 1934 Cuba estaba sujeta a la fuerte influencia de los Estados Unidos. El gobierno estadounidense ejerció presión en varias ocasiones para –por decirlo así– disminuir la tensión que la comunidad china tenía con el gobierno o suavizar el terreno donde pisaban, en pro de la aceptación de las prórrogas cuando el Ministro chino pedía, para bien de los compatriotas comerciantes en el país, la suspensión de algún requisito para su entrada.

Ya en 1905 se discutía en la isla la Ley de Inmigración, que entre otras cosas revocaba la prohibición del fomento de la inmigración china y contratación de trabajadores, y anulaba el cobro de impuestos a los inmigrantes aceptados. Posteriormente, en la Quinta Conferencia de Beneficencia y Corrección de la Isla de Cuba, celebrada del 14 al 16 de abril de 1906, se abordan temas como la protección al inmigrante y la reglamentación para su entrada al país. La preferencia por la introducción de inmigrantes blancos predominó sobre los asiáticos (Herrera & Santana, 24).

En 1912 un grupo de terratenientes cubanos funda la Asociación para el Fomento de la Inmigración, cuyo principal objetivo era promover la inmigración de europeos y mantener la política inmigratoria exclusivamente blanca. A pesar de esto, en 1913 se retoma la discusión sobre la posibilidad de permitir la introducción de nuevos trabajadores chinos, cosa que motivó la intervención del director de sanidad Juan Guiteras, el 28 de noviembre de 1913, en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, para fortalecimiento de las leyes y disposiciones que regulaban la entrada de chinos al país⁵.

En 1915 se hablaba del afán de algunas empresas por obtener mano de obra barata⁶, lo cual alentó tal relajamiento de la aplicación de la ley, que surgió un sentimiento de alarma general no sólo por el aumento de la inmigración de chinos, sino una atmósfera de xenofobia bajo el supuesto peligro de la entrada de haitianos y jamaquinos también (Meza, 1906). En

⁵ Los prejuicios en torno a los negros y asiáticos no sólo se notaban en los medios, sino también, por ejemplo, en los debates de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, en torno a estudios y estadísticas de aclimatación y mortalidad. Había dos opiniones polarizadas: una con representantes como Carlos de la Torre, que pensaba que la mortalidad de una raza dependía de su grado de mestizaje con la negra, es decir, la aclimatación era un problema étnico; y por otro lado, estaban los que, como Juan Guiteras y Juan Santos Fernández, creían que la adaptación al clima dependía de la aplicación de una política sanitaria e higiénica. Los prejuicios en ambos sectores iban desde obviar el factor socioeconómico hasta excluir a negros y asiáticos de la nacionalidad cubana (González, 475).

⁶Pérez, P. (1915). El peligro amarillo y el peligro negro. *Cuba contemporánea*, 9.

este momento los hacendados cubanos iniciaron un proyecto para llevar a Cuba 50.000 trabajadores chinos con una inversión de 7.500.000 dólares en transporte, con un contrato de 3 años; pero dicho proyecto fue sólo eso: un proyecto con el que se probó que, a pesar del discurso de otros sectores menos vinculados a la producción (que abogaban por la homogeneidad racial para el supuesto desarrollo de la nación), el asunto de la inmigración china en beneficio de la producción –en este caso azucarera– radicaba en el precio que los trabajadores de cada nacionalidad le ponían a su mano de obra, en que el capitalismo al final no escoge la fuerza de trabajo más acorde racialmente a sus prejuicios, sino la más barata.

Cuba fue también un punto de tránsito para muchos inmigrantes chinos cuyo destino era Estados Unidos, Canadá y México, con la cifra de 40.000 chinos entre 1902 y 1921, 50.000 entre 1904 y 1910 en Malasia, y 230.000 entre 1916 y 1917, en Sudáfrica (Hung Hui, 1992: 27, 244). En La Habana los más favorecidos con el impacto económico y social de la inmigración china fueron precisamente los comerciantes, cuyo crecimiento como grupo social dominante estuvo estrechamente ligado a la nueva corriente migratoria que cobró auge en 1917. Y finalmente, ante la crisis social que se vino en 1929, diversos sectores de la clase dominante del país se pusieron de acuerdo en finalizar con el tema y el negocio de la inmigración.

1.1. EL CHINO EN LA PRENSA CUBANA.

En la década de los 30 el desempleo a lo largo de la República cubana empieza a adquirir grandes dimensiones debido a la gran crisis mundial capitalista con la que inicia un colapso del sistema socioeconómico que hasta el momento había sostenido al país.

Se estima que la crisis dejó al menos medio millón de desempleados para 1933 (Tellería, 1984), trayendo consigo una inestabilidad social que potenció los movimientos de lucha política y social que ya desde los 20 venían realizando las vanguardias revolucionarias. Dichos movimientos estaban unificados por un nacionalismo antimperialista, y paralelamente a ellos, empezó a emerger una corriente nacionalista con orientación antinmigrante.

Revistas como *Las Sombras* y *Alma Hispanoamericana* y *Vindicación* contribuyen, a su manera, al movimiento antinmigrante, publicando críticas y artículos en los que la comunidad china no sale en absoluto bien librada. La revista *Vindicación*, por ejemplo, publicó un artículo en octubre de 1933:

No ganan los pueblos con inmigrantes que a la larga no pueden hacer un aporte manifiesto de carácter. La raza amarilla es acomodaticia, es casi parásita, no necesita crear para vivir. Basta un pequeño e infecto puesto de frutas en cada esquina para que viva egoísticamente [sic], haciendo de la existencia una manera de matar la vida. Los amarillos no se interesan en nuestros problemas, ni asimila, la mayoría, el espíritu de adelanto (*Vindicación*, 1933).

El mismo tono y las mismas apreciaciones hacia la comunidad china y sus particularidades culturales en esas publicaciones construía la misma visión estereotipante: "el chino es un inmigrante/extranjero cuyas creencias arraigadas le impiden ser ente activo de la sociedad a la que llega y aportar a ella en pro del crecimiento de la misma, y además, busca abarcarlo todo en el ámbito económico". Esto expresaba la revista *Alma Hispanoamericana* en el artículo "Despertemos, Cubanos" del segundo número de diciembre

de 1931⁷ expresaba. Sin embargo, se debe recordar que los chinos no fueron los únicos inmigrantes objeto de ese movimiento anti-inmigrante que alcanzó a concretarse en violencia:

La violencia contra los inmigrantes chinos ocurría paralelamente a la que se ejercía sobre otros extranjeros o sus símbolos. El folleto “¡Terrorismo!”, del teniente-ingeniero José Arce, revela que sólo en 1931 estallaron más de 5000 bombas. Entre los lugares de detonación de encontraban el Casino Español, el colegio católico Las Ursulinas, el monumento a las víctimas de Maine, y los portales de la calle Muralla, donde mayormente tenían sus comercios los “polacos (Jerez & Santana, 109).

En este periodo los sectores medios de la sociedad, es decir, los pequeños propietarios, profesionales e intelectuales, entre otros, estaban en constante tensión con el cambio de estilo de vida que la crisis les trajo, pues el crecimiento económico en los primeros veinte años de república fue lo que afianzó su estilo de vida. Al arribar el poder, el gobierno de Grau-Guiteras (compuesto por intelectuales, profesionales y catedráticos), el nacionalismo anti-inmigrante se vuelve su manera política de estado, pues resultaba práctico en la lucha que el gobierno de turno tenía contra el ABC⁸, contra seguidores de Mariano García Menocal, de Miguel Mariano Gómez, y viejos nacionalistas, y a su vez reunió al movimiento de masas revolucionario que se había formado en el país. Y el 8 de noviembre de 1933 el gobierno de turno expide el decreto-ley 2573, con el que se buscaba la “nacionalización del trabajo”, o llamada también la “ley del 50% de trabajo nativo”. Pero

⁷ Revista Alma Hispanoamericana, n. 2, 1931

⁸ El partido ABC fue una sociedad secreta de carácter celular, organizada después del fracaso de la insurrección antimachadista de 1931. Contribuyó a la desestabilización de la dictadura con atentados a políticos machadistas, y después de la caída de la misma, se convirtió en un partido político, apoyando al gobierno de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, y formando la oposición al denominado Gobierno de los Cien Días encabezado por Ramón Grau San Martín, en conjunto con seguidores de Mario García Menocal y Miguel Mariano Gómez. *Partido ABC*. Recuperado el 21 de abril de 2018, de <https://www.ecured.cu>

esta ley resultó ambigua y contradictoria al ajustarse a las exigencias de las clases medias, aunque también de sectores obreros. En palabras de Enrique Lumen (Lumen, 1934), Grau había decretado la aplicación del 50% de *nativos* en los empleos y no de *ciudadanos cubanos*, pues al aplicar la segunda interpretación no podían trabajar ni nativos menores de edad, ni los que tenían la ciudadanía española de sus padres, pero con la primera opción podrían trabajar cualquier nacido en el país. Grau declaró que buscaba favorecer a la familia cubana en contraste con los extranjeros nacionalizados que no tenían arraigo familiar en el país, pero a fin de cuentas esta ley no afectó mucho a los españoles por estar unidos a cubanas y tener hijos nacidos en Cuba, pero sí a los chinos, negros antillanos y judíos polacos que en los últimos años habían invadido el comercio (Lumen).

El nacionalismo antinmigrante tenía entre sus propuestas u objetivos la disminución del número de propietarios extranjeros que habían monopolizado, si no toda, gran parte de la red de comercio interior y servicios en todo el país, más notoriamente en La Habana. En esa situación surgen nuevas asociaciones chinas como respuesta étnico-corporativa. Dicha reivindicación buscó enfrentar el sistema de relaciones que durante los años 20 habían sido controladas por otros agentes dentro de la comunidad china, y por ello en los primeros siete años de la década de los 30 las asociaciones fueron promovidas por otros actores que buscaban defender sus intereses autónomamente, como lo habían hecho anteriormente los almacenistas por sus propios medios. Así se crea en septiembre de 1933 la Asociación de Lavaderos Chinos, la de Dependientes y Detallistas, en 1933, la Asociación de Puestos de Frutas, el 11 de marzo de 1935, y la publicación *Fraternidad* como vocera de los intereses de los Dependientes y Detallistas (Jerez & Santana, 112).

En 1933 la directiva de la Cámara de Comercio China, (que desde los 20 venía atravesando una crisis), cambia, y es reemplazada por un grupo de jóvenes comerciantes e importadores-almacenistas. Esa nueva dirección efectúa luego una reforma que consistía en admitir a todos los comerciantes; incluir no sólo a los radicados en La Habana, sino a los establecidos a todo lo largo y ancho de la República. Además estableció una nueva cuota fija: anteriormente era de 15 o 20 pesos, dependiendo de la importancia del establecimiento; ahora sería una cuota fija de un peso mensual para todos los asociados.

Con los cambios efectuados por la nueva directiva de la Cámara de Comercio esta institución se deshace de su apego al status y las jerarquías para pasar a concentrarse en su funcionalidad y eficacia como órgano de representación. De esta forma se dejó atrás la imagen exclusivista que para los tiempos anteriores a la crisis de los 30 le había sido tan característica (Jerez & Santana, 113).

1.2. COMUNIDAD, IDENTIDAD Y COHESIÓN ÉTNICA: INSTITUCIONES CHINAS EN LA HABANA

La imagen más común del chino en Cuba es probablemente la del chino olvidado, con una representación colectiva en la que casi todos eran comerciantes, dueños de restaurantes, vendedores ambulantes o de frutas, con poca participación cívica. Todos ellos con una imagen de laboriosos, pasivos y humildes, adictos al juego y al opio. Pero es finalmente la imagen del chino comerciante la que más se arraiga, a raíz de las circunstancias generadas por varias conmociones sociopolíticas ocurridas entre 1925 y 1926.

Son igualmente muchos los hechos que marcan tanto la división de la comunidad como la cohesión de la misma. Empezando con los cambios que se realizaron en el Casino Chung Wah en 1914, respecto al reglamento “arcaico” de 1893, a los que el gobierno de La Habana no apoyó precisamente. En dicho nuevo reglamento se afectaba el poder del cónsul de China y aumentaba la capacidad de la junta general de socios. Es en este ambiente que se originan las contradicciones entre republicanos y nacionalistas chinos, e incluso el presidente del Casino de turno, Yen San Cheon, recibió varias amenazas por el apoyo que daba a la democratización de la institución, y posteriormente dejó de formar parte de la directiva (que seguía siendo nombrada por el Cónsul), hasta que lo vuelven a considerar como vocal en 1919 (Jerez & Santana, 85).

La élite comercial, que era mayormente del Partido Nacionalista, tendía constantemente a mostrarse conservadora con su concepción del poder y buscaba así mantener la estructura “retrógrada” del Casino por la función que el mismo cumplía en el negocio migratorio y en unir a la mayoría de las sociedades chinas de la ciudad. Es entonces a partir de fines de 1925 que el “equilibrio” que hasta entonces había logrado mantenerse en el casino empieza a tambalear y se presenta la “batalla” entre el Kuo Min Tang (KMT por sus siglas) y el Chi Kung Tong (CKT por sus siglas) por el control de este. La base social del KMT en la mayoría de las ciudades donde se organizó estaba fundamentalmente formada por chinos dedicados al comercio de sedería, víveres y artículos de fantasía. Por su parte la base social del partido CKT estaba conformada por comerciantes y trabajadores. A los nacionalistas (KMT) les interesaba mantener las relaciones sociales jerárquicas y defendían una república democrática en la que el poder político era ostentado por una élite ilustrada, y que posteriormente sería pasado al pueblo cuando éste tuviera la capacidad para ejercerlo.

Los republicanos (CKT) buscaban la conformación de una china moderna y democrática con nuevas relaciones sociales donde fuesen respetados los derechos individuales.

En 1923 el Kuo Min Tang en China aceptó la cooperación del Partido Comunista Chino, que recién se había fundado, y esto aumentó las discusiones y contradicciones políticas de los partidos mencionados a través de sus periódicos *Hoy Men Kon Po* del CKT y el *Man Sen Yat Po* del KMT, donde el CKT acusaba a los nacionalistas de “sovietistas”. Esto agitó políticamente a la comunidad china a lo largo de todo el país, llegando incluso a convertir cualquier espacio –como el Teatro Chino– o evento de la comunidad –como la celebración del año nuevo lunar chino– en una excusa para proyectarse políticamente al público y ser reconocidos. Los republicanos se oponían rotundamente a la concepción autoritaria del poder que se encauzaba al despotismo paternal; no apoyaban el comunismo, pero tampoco un republicanismo en el que el cuerpo legislativo no fuera elegido por sufragio universal (Jerez & Santana, 87-88), y de esta eran partidarios de la unión entre la independencia nacional y la emancipación ciudadana:

Los republicanos no estaban contra el bolchevismo porque para ellos la Unión Soviética encarnaba una revolución triunfante en contra de la ocupación extranjera y de un poder despótico, con lo que se convertía, en ese sentido, en un ejemplo a seguir si se quería resolver la situación China. Pero al mismo tiempo –al hacerse visible las tendencias antidemocráticas que se estaban desarrollando dentro del partido bolchevique–, se oponían a la unificación entre nacionalistas y comunistas, ocurrida en 1923 (Jerez & Santana, 88).

De esta manera, apoyaban el seguimiento del paradigma soviético para enfrentar la monarquía en China, pero desaprobaban el seguimiento de la ejecución del poder de los

bolcheviques. O en pocas palabras: ver con buenos ojos la revolución rusa no era sinónimo de aceptación de lo que en la sociedad rusa ocurría.

Durante los primeros años de los 20s, el presidente del KMT Luis Po era además el presidente del Casino, seguido luego –de 1924 a 1925– por Francisco Chion, que en 1922 había sido presidente del KMT. Este último se desempeñó como director del Casino y al mismo tiempo como tesorero de la organización nacionalista. Las diferencias entre los dos partidos trascendieron el ámbito político y se volvieron más agresivas con el tiempo, generando un ambiente de desorden y conflictos físicos entre ambas partes; y sobre todo, en el fuerte ataque y persecución que el KMT ejerció sobre el CKT, lo que llevó a la intervención del Secretario de Gobierno, con ciertas medidas. En primer lugar estaba la desarticulación de la concentración poblacional del barrio chino con ayuda del Departamento de Sanidad, que procedería a clausurar comercios y viviendas que no cumplieran con los requerimientos sanitarios (por hacinamiento u otra cosa); lo que empezó persuasivamente al tratar de convencer a los chinos de mudarse a diferentes barrios, tornándose luego más activo al solicitar de los propietarios cubanos la cancelación de los contratos que estos tuvieran con chinos. En segundo lugar estaba la clausura de los partidos (el nacionalista y el republicano) y del Casino Chung Wah al considerar que la clausura de estos ayudaría a que los inmigrantes se integraran y adoptaran los patrones culturales del nuevo país. En tercer lugar se reforzó la seguridad dentro del barrio chino y se prohibió aquello de pararse frente a los negocios formando grupos de personas, cosa que los asiáticos hacían mucho. Como cuarto punto desaparecerían los periódicos escritos en chino que publicaran cosas que contribuyeran a la atmósfera de desorden. En quinto lugar estaba la expulsión de cualquier chino con antecedentes penales y de aquellos que estuvieron implicados en algún suceso violento o

agresivo. Y en último lugar, el refuerzo de la ley inmigratoria al cerrar los requisitos legislativos que tenía y perseguir la corrupción administrativa (Jerez & Santana, 99).

Lo anterior puso en riesgo el poder de la élite china, los negocios y el prestigio, debido a la difícil situación económica que tenían las instituciones y a las dificultades para reconstruir patrones culturales. Pero para fines de 1927 se suspenden las medidas propuestas y el CKT reaparece como partido. *Legítimas Aspiraciones*, recoge el “pedido” de los comerciantes al presidente Gerardo Machado: que le concediera a los inmigrantes chinos los mismos derechos que les otorgaban a los demás extranjeros establecidos en Cuba en la Constitución, el código civil y la ley de extranjería (Jerez & Santana, 104). Esto en consideración de la participación que muchos chinos tuvieron en la independencia de Cuba. La ideología de poder que la comunidad asumía se convertía en una forma de buscar el reconocimiento y la aceptación por parte de la clase política del país. La idea que la élite china tenía en mente era el ser considerados como descendientes y herederos de los chinos que habían luchado, y por ende, del status o la consideración que a estos se les debía o tenía.

Los chinos no siempre estuvieron tan divididos como se ha mencionado anteriormente. En los años 1884 y 1885, por ejemplo, “dejaban todos los rencores, y se decían que eran hermanos, jamás dieron escándalo en la vía pública, chino con chino. Eran verdaderos hombres de orden, muy formales, correctos y respetuosos” (Chuffat, 1927: 104). La identidad de la comunidad china sigue siendo, sin embargo, cuestionada, sobre todo a raíz de los revolucionarios años 30.

2. LA DIGNIDAD COLECTIVA: MISERIAS Y HUMILLACIONES

SUFRIDAS POR LA COMUNIDAD.

Son muchos los aspectos a investigar y analizar en torno a la comunidad china en Cuba, y particularmente en La Habana. En el primer capítulo hablamos sobre datos históricos alrededor de la llegada de trabajadores chinos a Cuba como mano de obra barata; la imagen o la presencia de los mismos en el discurso cubano; y la identidad cultural dentro de la comunidad con base en las instituciones que le daban cohesión.

La Cola de La Serpiente comienza con cavilaciones del detective Mario Conde sobre lo que un chino es o representa. Los comentarios sobre las condiciones en que está sumido el barrio, el carácter nostálgico de los chinos y la imagen que como comunidad o individuos proyectan son muy recurrentes a lo largo de toda la obra, como iremos dilucidando más adelante. Se pueden resaltar, en primer lugar, las referencias que hace a las circunstancias laborales bajo las que entraron muchos chinos a Cuba y cómo se desarrollaron las mismas. En la obra se mencionan a veces las duras condiciones que afrontaban los inmigrantes y el maltrato que en algún momento sufrieron. La mayoría de chinos que entraron a Cuba, lo hicieron con contratos de trabajo en las plantaciones azucareras, en las que, además, sufrieron de innumerables abusos que quedaron consignados en el “Informe de la Comisión Enviada desde China para Establecer la Condición de los Chinos Coolies en Cuba”, publicado en 1876, y que contribuyó a la abolición del comercio de culíes en el país (Yun, 2008). En este informe quedaron documentados 1.176 testimonios (deposiciones) del abuso que sufrieron los chinos en las plantaciones durante las cuatro décadas del siglo XIX en las que el sistema de esclavitud coexistió con el “sistema de cautiverio” de los culíes, cada uno diferente al otro, pero con desventuras comunes, como la precaria sobrevivencia diaria, el maltrato y los

castigos, la resistencia y el conflicto racializado. Un tratado fue ratificado en 1878 en pro de la abolición del tráfico de culíes, pero mientras esto se daba, chinos y esclavos negros siguieron en la misma situación hasta 1880, año en que Cuba aplicó finalmente la abolición definitiva de la esclavitud (De la Riva, 1966).

2.1 LAS DEPOSICIONES: CONSECUENCIAS Y/O REACCIONES AL MALTRATO Y LOS ABUSOS CONSIGNADAS EN LAS DEPOSICIONES

Las deposiciones (o testimonios escritos) dan cuenta de muchas situaciones y sentimientos desgarradores en torno al trato que recibían, el rencor que les generaba, la rebeldía que en un momento obtuvieron y la añoranza de sus hogares lejanos. En la deposición 244 un chino llamado Liu Arui declaró que: "El dueño a menudo decía al capataz, 'Sólo me importa cuánta azúcar puedan producir [los chinos], y no tienes que tratarlos bien. Si golpeas a un chino hasta la muerte, todavía tengo suficiente como para comprar diez más el próximo año'" (Yun, 7). A partir de dicha deposición es posible ver el poco valor que tenían los chinos como trabajadores desechables y móviles. Se sobrentiende que las vidas de los chinos no tenían mucho valor, y ajustándonos a las palabras textuales, los maltratos físicos existieron junto a muchas humillaciones efectuadas para quebrarlos física y psicológicamente. Pero el dominarlos y "mantenerlos a raya" con resignación a base de miedo y maltrato no fue el único elemento que aquí se revela. Muchas deposiciones narran también las decisiones rebeldes y hasta violentas que muchos tomaron o adoptaron.

Un día, el capataz golpeó a Li De hasta la muerte en el campo de azúcar y lo enterró allí. Cuatro negros lo asistieron, sin que los oficiales lo supieran. Yo no lo vi, pero unos negros me lo dijeron. Había estado en la plantación azucarera por tres años. Después nueve de

nosotros nos pusimos de acuerdo; golpeamos al capataz hasta matarlo. Fuimos enviados a una prisión en La Habana. Estuvimos ahí por dos años y luego fuimos enviados a una plantación azucarera. Trabajamos ahí por cuatro meses. Luego el administrador escuchó que habíamos golpeado a un capataz hasta matarlo, y nos envió a una cárcel en Sagua la Grande donde nos quedamos por otros dos años (Deposición 769).⁹

En la cita anterior se aprecian varios aspectos mencionados: la violencia y maltrato al que eran sometidos muchos trabajadores, y que en algunos casos los llevaron incluso a la muerte; la movilidad de los trabajadores al ser trasladados de la plantación a la prisión, luego a otra plantación y nuevamente a la cárcel. En otros testimonios se da cuenta de traslados a plantas procesadoras/purificadoras de azúcar u otras plantaciones cuando cometieron errores o como “castigos”, evidenciando el valor “desechable” de los trabajadores. En cuanto a la violencia reproducida por los chinos al asesinar al capataz, tenemos que este no fue un caso único y aislado, pues hay muchas deposiciones que narran hechos similares. En la mayoría – si no todos– fueron motivados por la humillación e indignación colectiva que las vejaciones infringidas les generaba, es decir, ya no como individuos que han soportado innumerables maltratos y desdenes, sino como un grupo ofendido por la suma de vejámenes que cada individuo parte de la comunidad había sufrido. Circunstancias que en última instancia generaron solidaridad por sus semejantes/paisanos y los llevaron a vengarse para hacer justicia por su propia mano en nombre de sus semejantes.

⁹ Yun, L. (2008). El Coolie habla: obreros contratados chinos y esclavos africanos en Cuba.

Al comenzar la novela, Conde anuncia de antemano el cambio de imagen que tendría el chino en sus concepciones, pasando de un chino modélico y típico a “un ser plagado de cicatrices abiertas y carácter insondable, como las aguas profundas de un mar del cual salieran a la superficie viejas pero todavía lacerantes historias de venganza, ambición, fidelidad y las burbujas de tantísimos sueños frustrados: casi tantos como chinos llegaron a Cuba” (Padura, 2011: 15); como se verá más adelante y como se lee en las deposiciones, los adjetivos que Conde usa para “redefinir” su concepto de los chinos corresponden con lo que en ellas se trata de mostrar: venganza a raíz del maltrato, ambición entendida como las expectativas ante la migración, fidelidad a sus compatriotas y sueños frustrados, sean los de retorno al país natal o la ausencia de las riquezas prometidas en las nuevas tierras.

En otras deposiciones se evidencia que la indignación y humillación como grupo muchas veces llevaban a suicidios tanto individuales como colectivos. El hecho de que fueran cometidos de forma grupal y pública mostraba que no sólo era un acto de desesperación, sino una preferencia a la muerte sobre la humillación, una protesta e incluso un sabotaje, como en los casos en que los suicidios se hacían al lanzarse a las ollas que purificaban el azúcar, pues obligaba a interrumpir el proceso de purificación, afectando la productividad.

Las humillaciones sufridas, los suicidios cometidos y los asesinatos de capataces no fueron las únicas partes del cuadro: la tristeza por la tierra perdida, la prometida y la encontrada es algo que no sólo atraviesan las deposiciones, sino marcado en varios momentos de la obra que aquí nos compete: “Les ha pasado todo lo malo: han sufrido hambre, desprecio, discriminación, desarraigo y todo lo que quieras poner en una lista de miserias y humillaciones tan jodidas como éstas. No te puede asombrar entonces que sean desconfiados y no se entreguen.” (Padura, 138). Esto le dice Patrica Chion a Mario Conde, ya bastante

adelantada la obra, cuando éste le manifiesta que cree que Juan sabe algo y no quiere contarle. En pocas líneas como esas se entrevé lo que las deposiciones mostraban; pero también pone sobre la mesa el contexto de La Habana, ya no de las plantaciones.

Hay hilos comunes, por supuesto: el hambre no sólo es mencionada en las deposiciones (donde varios apuntaron que la comida era muy poca e insuficiente para todo lo que durante el día tenían que hacer), sino en el contexto histórico de llegada de los inmigrantes chinos y las condiciones de hacinamiento en las que vivieron en distintas ciudades. En la novela, particularmente, se entiende la idea del hacinamiento cuando Conde describe el barrio o el lugar donde vivía el chino asesinado como un solar que “tiene un pasillo larguísimo, con una puerta al lado de la otra y los baños colectivos al fondo” (32); y a su vez descrito también como “un lugar triste y percutido, maltratado y agonizante” (54). El desprecio y la discriminación son narrados en algunas deposiciones cuando los chinos salían a la ciudad y eran pateados, insultados o maltratados en alguna forma, incluso por niños negros y blancos, tanto en las urbes como en las plantaciones; y en *La Cola de La Serpiente* se hace referencia a la discriminación como base de la poca colaboración de los chinos para la investigación del homicidio en la obra, o para la relación con todo y todos fuera de la comunidad china: Patricia habla de los chinos como conjunto, con un “han sufrido” y un “sean desconfiados” (138) quedando entendido que lo que la comunidad como grupo es se ha construido con base en todo por lo que históricamente pasaron, como grupo, como paisanos.

2.2 PASADO GLORIOSO E IDEAL INALCANZABLE: DIÁSPORA Y DESARRAIGO

Originalmente la diáspora se refería al exilio de los judíos en Babilonia a partir del año 585 a.C. Con el tiempo llegó a ampliarse hasta abarcar grupos y épocas diversas, y a considerarse en general como la “dispersión de grupos humanos que abandonan su lugar de origen”, según la RAE. Esta definición pone sobre la mesa diferentes cuestiones como la causa, las formas y consecuencias de esta dispersión, especialmente considerando que las diásporas suelen conservar fuertes vínculos sociales, económicos, culturales, políticos y emocionales con sus lugares de origen (Duany, 2010). La comunidad china de La Habana de *La Cola de la Serpiente* forja una identidad colectiva con un estrecho vínculo a la patria constituido por una historia de inmigración colectiva, la alienación sufrida en el país al que llegaron y el anhelo de regreso siempre pospuesto y siempre lejano:

Cuando Juan Chion llegó a Cuba, tenía dieciocho años, dos brazos fuertes y una sola idea en la mente: ganar mucho dinero y hacerse rico en ese mundo nuevo donde los dineros más reales corrían como el agua cristalina por los míticos arroyos de su país. Entonces volvería con su fortuna a la aldea de Cantón donde sus padres y hermanos apenas sobrevivían, siempre ateridos y hambrientos, sembrando arroz y robándoles peces a unos ríos fangosos y voraces, nada míticos, que no les pertenecían, pues hasta los ríos tenían dueños en su país. Con aquel dinero ganado al otro lado del mundo compraría sus propias tierras, para él y para su familia, y sería famoso y querido, como un dios que baja de la montaña más alta y más nevada, y consigue cambiar con un solo gesto omnipotente el destino de los suyos. Juan tenía noticias de muchos otros chinos que se habían enriquecido en las tierras de América, y él, con sus dieciocho años, confiaba en llegar a ser uno más entre esos afortunados. (49)

La narración de las expectativas de Juan Chion al dejar China con destino a Cuba permite entrever no sólo las expectativas de su desplazamiento, sino lo que había dejado atrás: el retrato de su patria no se enfoca en el aspecto general del lugar de origen, sino en la condición de miseria de su familia, de la que esperaba sacarlos al llegar a una “tierra prometida” donde adquiriría la riqueza necesaria, al igual que lo hicieron los compatriotas de los que él había escuchado. Cuando Juan Chion describe el barrio chino de La Habana lo hace con una ensoñación similar a los deseos de gloria que tenía de joven frente a lo que la experiencia de irse a Cuba le daba, y tanta es la diferencia entre lo que el barrio fue a lo que era al momento en que Conde escucha las narraciones de Chion, que, para el detective, todo suena como un bello recuerdo reducido a las condiciones miserables en que estaba el barrio chino de La Habana, en estructura y en apariencia.

Pero el Barrio que empezaba a dibujarse con las remembranzas de Juan Chion resultaba muy distinto a los callejones sucios y lúgubres por los cuales ahora caminaban los tres hombres: del esplendor físico de esas calles sólo quedaban los apelativos antiquísimos (...). Este Barrio se muere y el que Juan conoció por el año 1930 vivía y gritaba. (...) evocaba Juan Chion y el Conde pensó que, en realidad, del espíritu de ese lugar que por las palabras de Juan imaginaba cada vez más colorido y agitado, apenas quedaba aquel olor denso pero inapresable, y la memoria de unos cuantos chinos en vías de extinción, todos tan viejos y esquivos como Juan Chion o el difunto Pedro Cuang. Lo evidente era que recorrían un lugar triste y percutido, maltratado y agonizante, allí, en el mismo centro de una ciudad que también vivía ese destino trágico y común. (53)

Lo que más evidente resulta es el contraste de lo que el barrio fue, evocado a través de las palabras de Juan Chion, y lo que el barrio es en el presente de la narración, según la

descripción brindada por Conde: un tugurio (como a inicios de la obra lo definiría), un barrio degradado y casi en ruinas que sólo guarda los restos de una comunidad en vía de extinción, maltratada por el tiempo, por las incursiones al barrio, la muerte de gran parte de los que la conformaron, y el olvido y la soledad en los que quedaron sumidos los pocos que quedaron.

Tanto en las deposiciones mencionadas anteriormente como en la novela de Padura, el deseo de regreso a la patria es fundamental. La expectativa frustrada de lo consiguiente a adquirir riquezas suficientes para el retorno, motivo del escape a la “nueva tierra” confronta a los individuos en cuestión. Ese es el desarraigo del que habla Patricia Chion, el desarraigo que menciona Conde, el desarraigo que siente la comunidad al ser unos “otros” en la sociedad cubana: inmigrantes indeseados que quitaban oportunidades, recursos y trabajo a los nativos (como se vio en el primer capítulo al hablar de su imagen en el discurso y la prensa cubana), individuos que trataron de adaptar la imagen, los recuerdos de la patria abandonada, en el nuevo país, creando un barrio que trataba de recrearla, comercios cuyos dueños y trabajadores eran chinos, sociedades y asociaciones para miembros de la comunidad en pro de la conservación de su cultura y unidad.

2.3 EL DESENGAÑO DEL RETORNO A LA PATRIA: HETEROGENEIDAD CULTURAL E IDENTIDAD COLECTIVA.

El desarraigo no sólo se manifiesta en el barrio chino y la búsqueda de asimilación del nuevo país y su cultura, que no se logra completamente, como dice Conde –y como se mencionó en el primer capítulo– , por ser individuos de un profundo arraigamiento a su cultura, a su país. En este punto sería pertinente hablar de hibridez cultural bajo los términos de Nestor García

Canclini (Canclini, 1989), entendiendo esta como el producto de entrecruzamientos de dos culturas que se interrelacionan, produciendo nuevos productos culturales, ya que hay en estos una integración forzada de diversos fragmentos de identidades culturales. El ejemplo más claro –e incluso sincrético– de esto sería el culto a San Fan Con: una figura de la cultura china vinculada luego al “panteón Yoruba”.

La hibridación cultural de la comunidad china de la obra no está, sin embargo, fuertemente marcada. Como se dijo antes, se trata de un grupo de personas con un profundo arraigamiento a su país de origen y a su cultura. Hay una asimilación del idioma y rasgos gastronómicos, pero incluso en esas asimilaciones hay un marcado distanciamiento. En el caso del primero, con los *desidentificadores* que más tarde mencionaremos, y en el segundo caso, la extrañeza –a los ojos de Conde– de las preparaciones de Juan: “además, un chino, un verdadero y cabal chino, debía ser, sobre todo un hombre capaz de concebir los platos más insólitos que un paladar civilizado se atreviera a saborear” (11). Es por ello que, al menos en la generación de Juan y Francisco, la predilección por la cultura de origen es más marcada: Patricia, por ejemplo, es descendiente de chinos, pero nacida en Cuba, algo que no sólo se refiere a un marcador racializante, sino cultural en cuanto a que ella no concibe de la misma manera el barrio, la comunidad, los valores compartidos por los chinos de la generación de su padre, como se sustentará más adelante.

La sintetización más marcada entre el país de origen y el “nuevo” es sin duda el barrio chino: descrito como un intento de réplica de Cantón, que no lograba ni igualarse, ni superarse: “El Barrio se parecía a Cantón, pero no era Cantón, y los chinos vivían mal. Sólo les importaba ganar suficiente dinero para regresar a China alguna vez, aunque al final nunca regresarán.” (54). En este siempre soñado regreso a China se espera dejar atrás un mundo

que no satisface al inmigrante, porque, aunque “se parece” al país de sus añoranzas y de su origen, no es el mismo y la simple copia de su tierra no es suficiente. Como lo marca también la cita, no obstante, al final no lograban regresar a su lugar de origen y la única opción que les quedaba era quedarse en un territorio que ya conocían y en el que, para bien o para mal, tenían “algo propio” que les motivara u obligara a quedarse.

El regreso a la patria no sólo no puede darse por falta de recursos, sino que además los que lograron regresar no encontraron lo que sus recuerdos les hacía añorar, sino una sociedad que había avanzado y cambiado mientras ellos no estaban allí. El ejemplo más explícito de esto es la experiencia de Pedro Cuang, el chino que había sido asesinado (y por quien se lleva a cabo la investigación policial). Como unos pocos, él había logrado regresar a China, pero –contra todo pronóstico y expectativa– regresó a Cuba, cosa que sus compatriotas y hasta el mismo Conde se cuestionaron con vacilación, pues era una concepción compartida de que la meta máxima era el regreso a la patria: “Pedro Cuang había comentado que si las cosas le iban bien se quedaría en China, pero volvió al mes y nunca explicó por qué, aunque le comentó a la gente del Barrio que la China adonde llegó no se parecía a la China que él se imaginaba.” (71).

Obviando los datos en torno al contexto en el que Pedro Cuang dejó Cuba y en el que regresó¹⁰, resulta muy dicente la última parte de la cita con la manifestación de que la China a la que Cuang había regresado no se parecía a la China que él se imaginaba. Ahora, no dice explícitamente que el individuo en cuestión se sintió también desarraigado en su tierra de origen, pero la manifestación –bajo cuales quiera que fueran los motivos– deja ver

¹⁰ Pedro Cuang había abandonado Cuba antes de que los problemas dentro del barrio chino explotaran: problemas con dineros de apuestas, de las que él era el anotador.

que la desazón de no poder recrear perfectamente la patria en Cuba se refleja también en el sinsabor que produce regresar al país que tanto habían recordado con nostalgia, para encontrar uno que había cambiado sin que ellos estuvieran allí para cambiar a la par del mismo.

Ahora, no nos centremos en la idea de la patria como simplemente la China que todos los inmigrantes dejaron para irse a Cuba, sino a esa abstracción y sentimiento de apego a una “comunidad imaginada” que une a un grupo de individuos que al otro lado del mundo sólo tienen en común el lugar de origen, platillos comunes y una lengua que los une, pero que, en una comunidad diaspórica como la que estamos hablando, no puede afirmarse la existencia de un vínculo completa o parcialmente real, pero el lazo creado entre estos individuos se vuelve primordial para la supervivencia tanto a nivel individual como a nivel colectivo¹¹. Juan Chion describe en sus narraciones a Mario Conde sobre su vida y anécdotas, cómo perdió a su familia en China (estando él ya en Cuba): a sus padres en una inundación, a dos de sus hermanos en una rebelión campesina, y al resto de la familia por causa de la pérdida de contacto luego de que estos se dispersaran por un país tan grande. Sin embargo, el encuentro que luego de eso se produce entre él y su primo Sebastián le devuelve a Juan el sentimiento de fraternidad que lo ayuda a superar la tristeza de haber perdido a su familia en China, aunque luego pierda también al susodicho.

Juan Chion se muestra reticente a participar en la investigación de Mario Conde para el esclarecimiento del crimen cometido en el barrio chino y pone entre sus justificaciones el

¹¹ A nivel individual, por ejemplo, el estar con coterráneos les brinda una sensación de apoyo más fuerte, de entendimiento mutuo y de confianza: en la obra, por ejemplo, Juan recuperó el sentido de familiaridad al encontrarse con su primo, aunque nunca hubiese tenido una relación fuerte con él; y a nivel colectivo se crea una idea y un sentimiento de comunidad, de camaradería.

no querer entrometerse por miedo a causar desgracias a sus coterráneos mientras trata de hacer un bien buscando justicia para uno de sus compatriotas, pero arriesgando en el proceso el bienestar de cualquier otro potencial implicado. Ilustrando este posible escenario con una historia china.

la amistad entre aquellos dos hombres había sido mucho más que una fórmula social o una obligación moral, mucho más que la afinidad de haber nacido en la misma aldea cantonesa, de haber jugado en el mismo río [...]. Estaba conectada con lo impronunciable, con lo doloroso y lo prohibido. Por eso trataron de sellar los lazos de una sangre derramada con los bautizos cruzados de sus hijos cubanos, pues para ellos aquel compromiso ante un Dios nuevo pero aceptado tenía una significación recta.” (162)

En una diáspora la identidad colectiva se define principalmente mediante la relación entre el grupo y su tierra de origen, pero, además, mediante la experiencia de trauma colectivo. En el ejemplo de las deposiciones, por las vejaciones a compatriotas de las que fueron testigos (fuesen los que luego en represalia asesinaron al verdugo o capataz o los que luego se suicidaron), y en el contexto de la obra, por el desarraigo que sufrían, y en un caso más específico, por el crimen que unió a Juan Chion y Francisco Chiu para perpetrar otro al asesinar al capitán del barco donde habían muerto muchos chinos, y entre ellos, familiares de los mismos: su lazo ya no sólo estaba formado por un origen común, sino por una experiencia de trauma que los había unido.

Estos inmigrantes chinos habían dejado sus tierras buscando dejar atrás el hambre y la miseria, para regresar luego con dinero y dignidad a mejorar la vida de sus familias, y

lamentablemente lo que hallaron fue tanto como aquello de lo que huyeron: deprecio, abandono e incomprensión, y aún más extremo, la muerte (104).

3. LA PROTESTA DE LA HERMETICIDAD COMO RESPUESTA AL DESARRAIGO Y LA SOLEDAD

La cola de la serpiente es una novela negra cuyo eje narrativo es la investigación del asesinato de un chino, precisamente en el barrio chino de La Habana. Desde las primeras líneas, Mario Conde empieza a reflexionar sobre lo que un chino es y las condiciones en que encuentra el barrio. Las reflexiones en cuanto al entorno, a los individuos, a la comunidad y sus principios son recurrentes a lo largo de toda la obra.

“Lo más doloroso resultaría comprobar cómo, al final de aquellas jornadas vividas y sudadas en el Barrio, el chino modélico y típico que hasta ese momento el Conde había sido capaz de armar se convertiría en la estampa de un ser plagado de cicatrices abiertas y carácter insondable, como las aguas profundas de un mar del cual salieran a la superficie viejas pero todavía lacerantes historias de venganza, ambición, fidelidad y las burbujas de tantísimos sueños frustrados: casi tantos como chinos llegaron a Cuba.” (15)

Con esas líneas se anticipa el cambio de percepciones que tendría Conde para el final de la obra, una reconceptualización del chino, pasando de ser “un tipo más bien flaco y apacible, con una notable inclinación a enamorarse de mulatas y negras (siempre que las tuviera a su alcance), que fuma con los ojos cerrados en una larga pipa de bambú y, por supuesto, habla poco y dice sólo las palabras que en cada instante le conviene decir” (12), a concebirse como un ser lastimado y marcado por una historia larga de sufrimientos y problemas de toda clase. El imaginario social suele ser –no muy pocas veces– negativo cuando no se conoce la historia de estos. En el caso de los primeros inmigrantes, la cuestión de la lengua pudo haber representado la primera barrera con la que se toparon al llegar a nuevo territorio: el hecho de no poder hablar el idioma no sólo les acarreó maltratos (en el

caso de los chinos en las plantaciones), sino también falta de comunicación y relación con las personas del país huésped, y por ende, de su cultura, generando una falta de comprensión mutua.

En el segundo capítulo mencionamos muy puntualmente que la unidad de la comunidad china se debía a la experiencia traumática que como grupo había sufrido con la diáspora y la situación que enfrentaron al llegar a un nuevo territorio; pero debajo de eso subyace mucho más. La migración es una de las experiencias capaces de producir en los individuos un cambio significativo en la percepción de sí mismo y del entorno, y esta reconstrucción o redefinición de la identidad por fuera de los parámetros conocidos en la patria es de particular relevancia para quienes se enfrentan a situaciones extremas en las que empiezan a cuestionarse todo lo que se ha aprendido anteriormente. Esta construcción de la identidad se forma a partir de elementos diferentes como los rasgos espaciales, ideológicos (por afiliación religiosa o política, por ejemplo), y biográficos (sexo, raza, clase social, etc.), y se forja particularmente en los procesos de exclusión ya que "se considera que 'toda formación de identidad implica el reconocimiento de la diferencia y se realiza por oposición a ella. En síntesis. 'la identidad' puede ser transformada continuamente de acuerdo a las maneras como somos representados en los sistemas culturales que nos rodean" (Yuñén, 2004). La diáspora ofrece una puerta al escape, una posibilidad de reconstrucción de la memoria, de construcción de todas las que quisimos ser, de las que somos (Durán, 2017).

Los chinos asimilaron muy poco o nada de la cultura de acogida, es decir, la cubana, como Conde muestra con sus "prejuicios gastronómicos" (descritos muy brevemente en las primeras líneas de la novela); como se entiende al contrastar la forma de pensar de Juan y Conde respecto a la investigación y sus respectivas participaciones, cosa que muestra también

la forma en la que la comunidad resuelve sus conflictos, e incluso dándose el caso de asimilaciones parciales como en el idioma, pero con una diferencia marcada, como se explicará más adelante. Aunque la amistad y la camaradería de Juan Chion y Francisco Chiu fue marcada por más que un origen y cultura en común, la fraternidad de la comunidad china fue marcada, en primer lugar, por una historia común de migración en busca de “algo mejor”; por los malos ratos que pasaron tanto individual como grupalmente; por la desazón del retorno inalcanzable a la patria; e incluso por la decepción de algunos al lograr el regreso, sin encontrar lo añorado. Esta experiencia pone en relevancia la ruptura entre la cultura de origen y la de adopción, el sinsabor del “sin sitio” que produce la diáspora al situar a los individuos en un lugar donde no existe relación con sus orígenes. Para algunos esta experiencia puede haber sido positiva al representar la oportunidad de enriquecimiento y crecimiento personal, pero no es el caso para la mayoría que se vio en ella de manera forzada o que sólo obtuvieron una desilusión.

Todo lo anterior dirige a un individuo a un lugar subalterno, sea entendido, a la luz del primer capítulo, como aquellos inmigrantes que el pueblo cubano no aceptaba; o del segundo capítulo como trabajadores de bajo costo, de una importancia tal que no importaba el maltrato y el desprecio que continuamente recibieron. En resumen: un *otro* que representaba una utilidad para unos cuantos, que compartía un espacio en la sociedad, pero que significativamente no hacía parte de ella. Quien rompe sus lazos con la sociedad que los ve nacer, va perdiendo sentido de pertenencia, como Pedro Cuang, que, a pesar de su regreso a China, manifestó a sus compatriotas la decepción que le produjo llegar a su país y no encontrarlo como nada de lo que recordaba (fuere esto verdad o no, ya que no es Cuang quien directamente lo expresa). Esa experiencia visibiliza el “sin sitio” que muchos experimentaron

al volverse marginales en ambas culturas, por un lado, al marcar una separación de la cultura “original”, y con ello experimentar un desencuentro constante o un sentimiento de extranjería interna con el retorno (una “nueva herida”; y por otro, al no “hallarse” en el lugar de llegada. Ese sentimiento de no pertenencia –frecuentemente asociado a la experiencia migratoria– convierte a estos individuos en seres socialmente aislados; los chinos fueron no sólo degradados en las plantaciones, sino también rechazados por el pueblo cubano, llevados a asociarse y relacionarse entre ellos mismos (con algunas excepciones de chinos casados con cubanas), y arrastrados hacia una marginalidad marcada por la soledad en la que se perpetúa el sentido de otredad.

La felicidad está poco o nada relacionada con el lugar en el que se encuentran, y el ejemplo más palpable en la obra es, probablemente, la felicidad que le devuelve a Juan Chion el encuentro con su primo después de la gran tristeza que le produjo perder a una parte de su familia, y perder luego el contacto con los demás al dispersarse por China. En el encuentro con su primo Sebastián, Juan “sintió cómo recuperaba la sensación amable de tener una familia” (50). A pesar de la muerte de Sebastián, podría decirse que la vida de Juan luego de eso no estuvo marcada por grandes desazones, con una familia a la que amaba y una buena situación para vivir. Pero así como a China se le conoce como el país de grandes contrastes, en la comunidad china de La Habana representada en la obra estos contrastes no son menos. Obviando la decadencia de los edificios que componen el barrio y las condiciones sanitarias apuntadas por Conde, lo otro que salta a la vista en la narración es la soledad y la hermeticidad marcada tanto en los espacios como en los individuos. Cuando Conde llega al barrio chino para ver la escena del crimen, lo primero que le sorprendió –según la voz narrativa–:

fue la cantidad de chinos viejos congregados en el pasillo de la cuartería. Estaban en cuclillas, serios, muy callados, como gorriones posados en un alambre, y todos observaron cuando el policía entró. Tenían un modo de mirar oblicuo, pesado y adolorido, capaz de remover la sensibilidad del teniente investigador, que siempre recordaría haber pensado: “es como un velorio sin flores, una cosa tristísima”. Pero todavía se negó a aceptar que hubiese algo fuera de lo normal: “se murió uno y vienen los otros, ¿no dicen que los chinos son como hormigas?”, había pensado esa tarde y se arrepintió después de transmitirle el símil al viejo Juan Chion. (31-32).

Lo primero que sorprenden a Conde al entrar al solar donde vivía Pedro Cuang (el chino asesinado) es la cantidad de chinos reunidos en el lugar, serios y silenciosos, esto último acentuado unas líneas después cuando empieza a hacerle preguntas a Manolo sobre la víctima y el crimen, para tratar de distraerse de “la persecución visual de los chinos silenciosos” (32); casi en seguida aparece la soledad en escena. Conde le dice a Juan que él tuvo suerte al vivir con su hija y tener una casa, pero que el cuarto del hombre asesinado representaba la perfecta inspiración para describir lo que era la soledad y empieza a describir una vivienda lamentable, sucia y triste. Conde no pudo averiguar ni saber si en la escena faltaba algo, o si entre las pertenencias de Pedro Cuang –regadas por toda la habitación– hacía falta alguna cosa, “pero tus paisanos son del carajo: nunca se sabe cuándo no saben o cuándo no quieren saber...” (34), le dice Conde a Juan. En estas palabras, a la par de las de Patricia al apuntar que no es sorprendente que sean desconfiados y no se entreguen (después de todas las miserias y humillaciones que les hicieron pasar), está casi que compendiado el marco de hermeticidad en que están inmersos los chinos de la comunidad, siempre

silenciosos, siempre callados, “sin colaborar con las investigaciones”, siempre al margen de todo.

Incluso Juan Chion pone cierta línea entre un “ellos” y un “nosotros” cuando marca una diferencia entre su hija y él para hacer las cosas. Juan le dice al Conde que las cosas entre chinos se resuelven entre chinos, que a pesar de lo que Patricia pudiera haberle dicho sobre la posible participación de él en la investigación, ella era cubana y no podía hablar por él, porque no quiere entrar en la investigación y porque –sea por influencia cultural o experiencia– siente que meterse en un “problema entre chinos” con agentes “externos” de por medio es alterar el curso y el ambiente de las cosas como están, causarle una desgracia a uno de sus paisanos al descubrir algo que probablemente debe ser descubierto, pero muy seguramente va a traer desgracia a alguien más, alguien de los suyos.

La soledad está dibujada por todos lados en el barrio chino que apenas sobrevive entre las ruinas de lo que era y el silencio poco cooperativo de los chinos presentes en la escena representan la barrera marcada entre “ellos”, representados por Conde y los policías, y “nosotros”, los chinos restantes de una comunidad en constante deterioro, reticentes a abrirse a la comunidad que tan poco les dio, negándose a hablar aunque se trate de un asunto oficial, impidiendo la entrada o el contacto de “ellos” con “nosotros” para evitar más desgracias.

4. LA CULTURA DE GUETO COMO RESISTENCIA AL OLVIDO Y LA INCOMPRENSIÓN.

Suena espinoso aseverar que debido a los maltratos y al desprecio del que, como grupo, fueron víctimas, y la marginalidad a la que se vieron sometidos, la comunidad china se cerrara como grupo étnico ajeno a los demás. Aun así es precisamente esto lo que se encuentra en la novela. Una de las cosas más interesantes de esta obra es la pluralidad de voces que Padura pone en ella, y entre ellas, la de algunas comunidades que son o fueron marginadas en Cuba de alguna manera, sean artistas, la comunidad china o la chino-cubana, la comunidad africana o afrodescendiente. La comunidad china aparece no sólo con particularidades culturales, sino también lingüísticas: se resalta la forma en que hablan algunos individuos, en particular, los últimos miembros de la comunidad china que llegaron a la isla.

—Oye, Juan, tú mismo, que llevas más de cincuenta años viviendo en Cuba, dime una cosa, ¿por qué ustedes no hablan bien el español, eh?

Juan Chion acentuó su sonrisa.

—Porque no me da la gana de hablar como ustedes, Mario Conde —dijo, haciendo un esfuerzo por redondear todas las sílabas y marcando cada erre como si se tratara de un ejercicio agotador. Sonrió y estiró un brazo para recuperar el vaso del teniente. (35)

Lo más interesante de lo mencionado es que Juan Chion no se ha adaptado a la forma de hablar del país donde ha vivido por tantos años, y no porque sea difícil o porque realmente no pueda hacerlo, sino porque “no le da la gana”. Erving Goffman¹² plantea que un individuo

¹² A lo largo de su carrera profesional dedicó gran parte de sus energías a la observación participante para estudiar el comportamiento humano. De su labor surgieron teorías sobre las interacciones sociales y el lugar

adopta un mecanismo llamado “distancia de rol”, para evitar convertirse en un “aculturado” o debilitar su identidad cultural al existir la posibilidad de hacerse pasar por hablante nativo de un nuevo idioma. Esto se hace para tomar una distancia entre lo que el individuo es, o en otras palabras: la identidad primera, y aquello en lo que puede llegar a convertirse. Tan solo un par de líneas después de las citadas, Juan Chion hace la salvedad de que en el idioma chino el sonido de la “r” no existe, y sin embargo nos queda la inquietud de aquel “porque no me da la gana de hablar como ustedes”. Este acento “extranjero” es lo que se conoce como *desidentificadores*: hablar de la forma en la que hablan, les permite enviar señales simultáneas de pertenencia y no pertenencia a ambos grupos nacionales. Por un lado, estos inmigrantes se han tomado el trabajo, la molestia, han hecho el esfuerzo de aprender y adquirir el idioma nuevo –a pesar de la fuerte acentuación en este–, y por otro lado, le hacen saber a sus coterráneos que no han perdido su identidad, que no se han convertido completamente en el “otro”. Esto marca una nueva línea entre “nosotros” y “ustedes”.

Pero, sobre todo, el policía conocía la razón por la cual Patricia lo reclamaba: según la teniente, para alguien que no tuviera un guía confiable en el Barrio Chino aquel caso sería de imposible solución. Y Patricia sabía que entre los investigadores de la Central sólo el Conde, por la amistad que lo unía a su propio padre, Juan Chion, tendría alguna posibilidad tangible de acercarse a la verdad. (20)

Esto arroja nuevas luces sobre las relaciones entre la comunidad china con “los demás”. Conde comprueba, “como le advirtiera Patricia y él mismo comprobaba en la

que cada persona toma en una jerarquía social. Durante su actividad publicó diversos libros de prestigio. Sobresalieron títulos como *Estigmas*, de 1963, *Relaciones en Público* de 1971 o *La presentación del yo en la vida cotidiana*, de 1957.

práctica, que necesitaba la ayuda del anciano para poder meterse en el Barrio Chino. Y luego, si era capaz de hacerlo, averiguar por qué habían matado a aquel chino viejo.” (30). Sin la ayuda o la presencia de un chino que no sólo lo guiara por el barrio, sino que facilitara la comunicación entre otros chinos y él mismo, el Conde no podría haber dado solución al crimen y dar con el asesino. Anteriormente mencionamos que Juan Chion no quería participar de la investigación para no traer desgracias sobre sus paisanos, y muy probablemente habría preferido que todo quedara entre ellos (la comunidad china), pues “lo que pasa entre chinos se queda entre chinos”. Eso no fue prueba sólo de que entre chinos existiera solidaridad y camaradería, sino de que como un “grupo diferente” no se desea la incursión de agentes externos más allá de lo que la cordialidad y urbanidad demanda; desean continuar ajustados a sus reglas internas, su propia forma de hacer y solucionar las cosas. La comunidad china no se percibe ahora sólo como un grupo marginado plagado de soledad y heridas, sino también una comunidad hermética que no permite la entrada de alguien fuera de ella si no es a expensas del apoyo de alguien de adentro.

Pero lo más doloroso era aquel desarraigo invencible, que ni el éxito económico alcanzado por algunos pocos había podido mitigar. La única salvación para aquellos males había sido sostener una cultura de gueto, y contestar al desprecio con silencio, a la burla con sonrisa, al grito con hermetismo, y envolverse en una filosofía de apariencias apacible que, cuando menos, ayudaba a soportar la vida. (104-105)

Esta idea de la comunidad china de La Habana como un gueto no sólo responde a lo que literalmente el Conde expresa, sino al concepto sociológico que pretende dar cuenta de un grupo socialmente marginado, una significación política ligada al ostracismo afirmado

por el poder dominante contra una categoría de población, y finalmente un significado simbólico relativo al estigma que pesaría sobre un territorio dado y sus habitantes. Como lo expresa Conde, no nos referimos solamente a un lugar geográficamente fijo, sino a toda una población que tiende a plegarse sobre sí misma, ignorando o haciendo la vista gorda a lo que el resto de la sociedad dice de ellos o espera de ellos, y a vivir según sus reglas internas, formando una especie de microsociedad cargada de un estigma social que siempre la acompaña, sean las cavilaciones iniciales de Conde, o las opiniones compartidas entre él y Manolo. Si ponemos la vista sobre el ostracismo o la hermeticidad de la comunidad, esto es precisamente un rasgo característico de una cultura de gueto: nadie que no sea de X comunidad puede entrar a la misma o tener algún tipo de contacto más o menos significativo si no pertenece a ella o conoce a alguien que pueda ayudarlo a entrar, como avalando su participación y su presencia.

Conde define el desarraigo en los chinos como invencible y dice –literalmente– que la única solución o respuesta que pudieron darle a esa marginalización, a esa indiferencia y el desdén que recibieron, no fue convertirse en un gueto con todas las de la ley, sino adoptar una cultura de gueto: guardando silencio frente a las miradas y el desprecio, silencio y ostracismo que ya hemos mencionado. Contestaron a la burla con sonrisas, algo que les hace acreedores de una imagen amable y apacible (como menciona Conde al inicio de la obra). Pagaron los gritos con hermetismo, negándose a participar más de un vaivén de incompreensión mutua que no acababa en nada bueno. La filosofía de apariencia apacible es para el Conde la forma más simple, más llevadera de soportar la vida, en contraste con la esencia furibunda y vengativa que Marcial Vaona (Personaje de la obra) decía que tenía bajo toda esa aparente resignación.

Otra vez se asombró por todo cuanto no sabía sobre aquellos hombres que habían envejecido entre esos callejones sórdidos y malolientes donde alguna vez había palpitado uno de los barrios de chinos más poblados de todo el Occidente, y sintió lástima del brutal desarraigo al cual se vieron sometidos aquellos infelices. Habían cruzado el mar huyendo del hambre y la miseria, de los poderes absolutos y los enrolamientos militares forzosos y al final habían hallado algo tan temible como lo que les hizo huir: el desprecio, la incomprensión, el abandono, incluso la muerte en modos tan horribles como el que sufrió Sebastián, el primo de Juan, congelado en la bodega de un barco. Pero lo más doloroso era aquel desarraigo invencible, que ni el éxito económico alcanzado por algunos pocos había podido mitigar. La única salvación para aquellos males había sido sostener una cultura de gueto, y contestar al desprecio con silencio, a la burla con sonrisa, al grito con hermetismo, y envolverse en una filosofía de apariencia apacible que, cuando menos, ayudaba a soportar la vida (104-105).

Pero el silencio, la sonrisa y el hermetismo no se sienten aquí como una simple ayuda para soportar la vida, sino como una resignación a todo lo que les ha tocado vivir y frente a una realidad que no va a cambiar y una protesta a todo lo que han recibido. El cerrarse sobre sí mismos les permite no sólo tomar distancia de todo y todos los demás, sino mandar el mensaje de que no van a ser partícipes del desprecio que por tanto tiempo recibieron, que no van a continuar tratando de cambiar un estigma que “los otros” no se ven muy dispuestos a cambiar y frente al que ellos no piensan ceder. Negarse a aportar información a la investigación la entorpece, y en cualquier otro escenario podría llevar al abandono del caso, y por extensión a dejar a la comunidad tranquila para que ellos lidien con su situación como les parezca o como quieran hacerlo. Todo esto es en últimas una experiencia y una manifestación de libertad: la migración, el desarraigo, la marginalización, la soledad y el

encerramiento dentro de su propia comunidad es un duro proceso de redefinición de la identidad –individual y grupal– y auto-aceptación.

5. CONCLUSIONES

La pregunta implícita en las cavilaciones de Conde que da pie a todo el análisis desplegado es para mí: ¿por qué son así? Si bien se mencionaron más de una vez las reflexiones del detective sobre los chinos y sus particularidades, no se hicieron con el propósito de responder a este interrogante. La extrañeza de las costumbres culinarias y místicas de la comunidad suenan en boca de Conde como extrañezas curiosas tan fuertemente marcadas en ellos, que para él constituyen apenas una parte de lo que más los representa y los define. Pero todo lo demás que mencionamos: sus espacios, su encerramiento, su soledad, su miseria, no sólo responden a eso que “los define”, sino a las características que más inquietantes resultan al no conocerse la causa de estas. Aunque Conde no se hace realmente la pregunta del por qué se comportan como lo hacen, descubre al final la causa. Descubre que no se trata de una comunidad intrínsecamente cerrada, sino congregada en torno a unas circunstancias pasadas y presentes en común, que marcaron de forma más negativa que positiva su historia, y que los llevaron, en primer lugar, a identificarse y empatizar con sus coterráneos, y en últimas, a congregarse en su mutua comprensión y apoyo, para cerrarse a los demás y sanar sus heridas en privado.

El gesto final de Conde al entregarle a Juan Chion cierta parte de la investigación que revela información no sólo importante, sino también dolorosa para los implicados y para el caso, aporta una especie de merced del detective para con su amigo: el concederle información oficial sobre el asesinato donde estuvieron implicados dos de sus seres más queridos, para que él disponga de ella como mejor lo considere, es como el único favor que puede hacerle. Juan Chion se mostró desde el inicio conflictuado por hacer parte de la investigación, y al final su temor se hace real: al —efectivamente— ayudar a descubrir quién

mató a Pedro Cuang, terminó haciéndole un daño no sólo a otro chino, sino que éste era, de hecho, alguien especial para él. Conde, luego de descubrir toda la historia de estos individuos, comprende la profundidad y la importancia del hecho, y se disculpa con Juan, permitiéndole decidir qué hacer con una información que sólo los dos conocen. Todo esto es en últimas el entendimiento de las profundas relaciones de los miembros de esta comunidad, y la comprensión de por qué adoptan una cultura de gueto.

Se entiende, a raíz de la investigación anterior, que la marginalidad de la comunidad china en la obra se empieza a construir desde la llegada de los chinos a Cuba, con el desdén por la humanidad de los mismos mostrados en la forma en que fueron tratados en las plantaciones, hasta el desprecio social y la segregación basada en el nacionalismo anti-inmigrante aguzado por las condiciones sociales y económicas de la época. Ilustrada esta luego a través de los espacios y las descripciones de la comunidad misma.

El desarraigo, por su parte, se entiende a partir de la experiencia migratoria, no enfocada en las condiciones inmediatas de la misma, sino en el reconocimiento luego del *sin lugar* experimentado en un país extranjero al que se llega pero que no les da la bienvenida, e igualmente en la “patria original” donde tampoco pueden hallarse a su regreso. Como vimos en los últimos capítulos, el desarraigo se vincula a la soledad y la marginalidad como detonantes para el cierre de la comunidad al exterior, como manifestación de los sentimientos y resentimientos que su experiencia compartida generó.

Por lo anterior la consideración de la comunidad china de la obra como gueto reside en su ostracismo y su diferenciación lingüística y cultural, en las costumbres, historia y características compartidas. Podría decirse que a lo largo de este análisis de la obra se dio

respuesta al por qué la comunidad china podía considerarse un gueto, cuáles son las manifestaciones de la marginalidad y el desarraigo de la misma, y qué sustenta lo anterior.

En un plano más amplio, esta investigación contribuye a poner en el plano de la crítica, una obra de Padura que no ha sido estudiada, y, por ende, a la posibilidad de una mayor profundización en la misma, sea con el mismo tema u otro. La inexistencia de diversos enfoques para entender esta obra representó sin duda una limitación a la hora de empezar este trabajo, sin embargo, representa la posibilidad de producir y ampliar la crítica e información aquí consignada. He intentado, en estas pocas páginas, brindar las bases históricas para comprender, en este acercamiento literario, la conformación de una comunidad unidad no sólo por lazos biológicos o geográficos, sino también una historia entrelazada, que sustenta fuertemente la unidad de la misma para encontrar apoyo y consuelo dentro de sí, pero también para cerrarse por el desencanto y las heridas abiertas.

BIBLIOGRAFÍA

Baltar Rodríguez, J. (1997). Los chinos de Cuba: Apuntes etnográficos. *Colección La Fuente Viva. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.*

Charles Magoon. (s.f.). recuperado el 20 de abril de 2018, de https://www.ecured.cu/Charles_Magoon

Cinco Basurto, M. G. (2001). Reseña de" Los chinos de Cuba, apuntes etnográficos. *Alteridades, 11(21).*

Clifford, J. (1994). Diasporas. *Cultural anthropology, 9(3), 302-338.*

De la Riva, J. P. (1966). *Demografía de los culíes chinos en Cuba, 1853-74.* Biblioteca Nacional.

Duany, J. (2010). Las diásporas de las Antillas hispánicas: una comparación transnacional. *Revista del CESLA, 1(13).*

Durán Almarza, E. M. (2007). Performing Dominican Diaspora: el desarraigo y la soledad en la experiencia migratoria. *Cincinnati Romance Review.*

De Juan, F. (1999). Adelaida. Oh vida. Ediciones UNIÓN. La Habana. 1999. *Fernández Pintado, Mylene. Anhedonia. Eds UNIÓN. La Habana.*

Franken, C. A. (2009). Leonardo Padura Fuentes y su detective nostálgico. *Revista chilena de literatura, (74), 29-56.*

García Canclini, N. (1989). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad.* México.

Goffman, E. (1961). *Encounters: Two studies in the sociology of interaction*. Indianapolis, IN: Bobbs-Merrill Company.

Hervé Vieillard-Baron. Gueto. Consultado en: <http://www.hypergeo.eu>.

Hung Hui, J. (1992). *Chinos en América*. MAPFRE,.

Jerez, M. H., & Santana, M. C. (2003). *De la memoria a la vida pública: identidades, espacios y jerarquías de los chinos en La Habana republicana (1902-1968)*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

Chuffat Latour, A. (1927). Apunte histórico de los chinos en Cuba. *La Habana: Molina y Cía*, 18-103.

Sacha, F. L. (1994). *La nueva cuentística cubana*. Ediciones Union.

Lumen, E. (1934). La revolución cubana (1902-1934). *CRONICA DE NUESTRO TIEMPO*.

M. A Navia, *Leyes de Inmigración de la República de Cuba. Sus reglamentos y demás disposiciones complementarias de las mismas, dictadas hasta la fecha, que se encuentran vigentes*. La Habana, 1930

Michelena, J.A. (2006). “Aportes de Leonardo Padura a la literatura policial cubana”. *The Detective Fiction of Leonardo Padura Fuentes*. Ed. Carlos Uxó. Manchester (Inglaterra): Manchester Metropolitan University Press. 38-53.

Padura, L. (2014). Los chinos en Cuba. Recuperado el 1 de abril de 2018, de <https://sptnkne.ws/dGtA>

Pastrana, J. J. (1983). *Los chinos en la historia de Cuba, 1847-1930*. Editorial de Ciencias Sociales.

Quintana, L. V. LA MARGINALIDAD EN LA LITERATURA UNA VISIÓN DE LA DESIGUALDAD EN LA CUBA DE LOS 90.

Rafael M. de Labra y Martínez. (1910). Cuba como país de emigración. Memoria, Madrid.

MEZA Y SUÁREZ INCLÁN, R. A. M. Ó. N. (1906). La inmigración útil debe ser protegida. In *Trabajo presentado en la 5ta Conferencia*.

Redonet, S. (Ed.). (1993). *Los últimos serán los primeros*. Editorial Letras Cubanas.

Rodríguez, J. B. (1997). *Los chinos de Cuba: apuntes etnográficos* (Vol. 4). Fundación Fernando Ortiz.

Rodríguez, R. (1983). *Novela de la Revolución y otros temas*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.

Spector-Bitain, G. (2014). Pertenencia y extranjería. *Díspora e inmigración*. Reflejos lingüísticos.

Stratton, J. (2003) *Coming out Jewish: Constructing ambivalent Identities*. London and New York: Routledge

Toca, E. T. (1984). *Los congresos obreros en Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales.

Yun, L. (2008). El Coolie habla: obreros contratados chinos y esclavos africanos en Cuba PDF

Yuñén, R. E. (2004). Estrategias de etnicidad y formación de identidades culturales en el Caribe.

Publicaciones periódicas

El Día, 31 de octubre de 1911

“El peligro amarillo y el peligro negro”, Cuba Contemporánea, septiembre-octubre de 1915.

<< Tuberculosis e inmigración >>, revista Vindicación, octubre de 1933.

ANC, Registro de Asociaciones, leg. 95, n. 1120.

Revista Alma Hispanoamericana, n. 2, 1931